

La muerte del Padre Coindre

H. Javier Marquín



Fueron a despertar al Padre Lyonnet a la 1,30 de la madrugada de aquel recién estrenado 30 de mayo de 1826. Cuando abrió la puerta de su habitación, se encontró con un seminarista en estado de máxima ansiedad, casi al borde de un ataque de nervios.

—El Padre Coindre... ha caído por la ventana —dijo el muchacho balbuceando, a punto de echarse a llorar.

—¿Lo sabe monseñor? —dijo Lyonnet, que se había quedado petrificado en la puerta. Después de un momento de incertidumbre pudo añadir—: Vaya a toda prisa al obispado y despierte a quien sea necesario, pero es preciso que el obispo lo sepa de inmediato.

El joven seminarista salió corriendo, liberado por tener algo que hacer, aunque solo fuera correr, para dar salida a la angustia que sentía en su interior. El muchacho se había ofrecido voluntario para cuidar al Padre Coindre en sus días de hospital. Había dado un paso al frente porque tenía especial aprecio por aquel sacerdote recién llegado, que había sabido ganarse el afecto de los jóvenes por su sabiduría y por la forma de transmitir experiencias de su inaudita vida de forma tan cercana y motivadora.

En cuanto el joven partió, el Padre Lyonnet, volvió al interior de su habitación y se puso apresuradamente la sotana. Fue atando los botones a medida que corría por el pasillo del seminario mayor de Blois. Salió a las calles oscuras y recorrió a toda velocidad los escasos quinientos metros que separaban el seminario mayor del hospital civil, un viejo edificio que ocupaba la antigua abadía de San Laumer, a orillas del río Loira, donde solo quedaban restos de su antiguo esplendor. Allí había sido hospitalizado al Padre Coindre hacía unos pocos días.

El Padre Lyonnet era joven, tenía 24 años. Era un hombre de facciones bien marcadas, con la frente amplia y un rostro que denotaba una notable determinación. Le gustaba llevar el pelo bien



cuidado, con una melena que le llegaba hasta los hombros. A pesar de pertenecer a la diócesis de Lyon, como el Padre Coindre, había sido llamado a Blois para ser profesor de teología en el seminario. La renuncia a la dirección del seminario del Padre Donnet, hacía más de un año, había obligado al obispo de Blois, monseñor de Sauzin, a nombrar a Lyonnet como superior provisional del establecimiento. El Padre Coindre había terminado con ese periodo de interinidad y liberado al Padre Lyonnet de una carga que no era del agrado de este último, porque, entre otras cosas, todavía era demasiado joven para un puesto tan complicado. Por eso el trato de los dos sacerdotes había sido inmejorable desde la llegada de Coindre. En esto venía pensando el joven Lyonnet cuando llegó casi sin aliento a las puertas del hospital.

—Lo han llevado a su habitación —le dijo un

enfermero al que habían dejado de guardia en la puerta para recibir a las muchas personas que iban a venir con toda seguridad cuando se supiera la noticia.

Lyonnet subió de dos en dos las escaleras que llevaban al primer piso. A pesar ser casi las dos de la madrugada el hospital parecía inmerso en una actividad frenética. Enfermeros y cuidadores iban de un sitio para otro, como si el movimiento pudiera hacer desaparecer lo que ya era inevitable. Enseguida llegó a la habitación, al fondo del pasillo. Dentro estaba el médico, inclinado sobre el cuerpo yacente del Padre Coindre. Al otro lado de la cama, de pie, uno de los seminaristas que se habían ocupado del enfermo en los últimos días y que dormían en un cuarto contiguo a la habitación del Padre Coindre. En segunda fila, varios cuidadores y enfermeros del hospital.

Lyonnet se quedó inmóvil durante unos momentos en la puerta abierta, incapaz de reaccionar. En los últimos días había visto como la salud del Padre Coindre empeoraba, pero nunca pensó que las cosas pudieran terminar de esa manera. Se acercó al lecho apartando levemente al joven seminarista, sacó el recipiente de los santos óleos, que se había echado al bolsillo antes de salir del seminario, y ofició la extremaunción. Cuando terminó, levantó la mirada:

—¿Qué ha pasado? —es lo único que se le ocurrió preguntar, dirigiéndose al joven que estaba a su lado.

—Oí la ventana que se abría y entré rápidamente—dijo el chico rubio con el pelo casi cortado a cepillo y con una pena tan grande que la voz casi no le llegaba hasta los labios—. Llegué a coger al Padre Coindre por la camisa, pero se rasgó y cayó. Enseguida bajamos al patio. Vimos inmediatamente que no había nada que hacer, ya no respiraba. Lo hemos subido en una camilla del hospital con la ayuda de estos enfermeros.

El doctor, que había asistido inmóvil a la impartición del sacramento, hizo la señal de la cruz y se alejó con un gesto de impotencia de la cama donde reposaban los restos del Padre Coindre. El médico era un hombre de mediana edad, de pelo rubio abundante en los laterales pero muy escaso en la cima de la cabeza. Su rostro, habitualmente jovial y optimista, mostraba ahora el estupor que se había apoderado de todos los presentes. Se acercó al sacerdote:

—Lo siento mucho Padre Lyonnet, no habido nada que hacer. La caída ha sido mortal. Es difícil comprender lo que ha pasado. El domingo del Corpus estaba perfecto. Hoy se ha mostrado algo melancólico, pero no nos podíamos esperar esto.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó Lyonnet con la incomprensión reflejada en su mirada—. Quiero decir desde el punto de vista médico, porque desde la perspectiva humana es inexplicable. Un hombre dotado de una inteligencia sobresaliente, con un sentido de la



vida tan sano y positivo, lleno de actividad, seguro de sí mismo...

—Hay una explicación médica para esta desgracia —dijo el doctor con resolución, cediendo el paso al sacerdote para salir ambos al pasillo—. Cuando el Padre Coindre llegó al hospital hace unos días, dio muestras preocupantes de que estaba perdiendo la cabeza. Por eso ordené que se le atara y que estuviera vigilado durante las veinticuatro horas del día. Enseguida llegamos al diagnóstico de fiebre cerebral. Es una afección que tiene distintas causas, pero que en la mayoría de los casos provoca un cambio total de personalidad y comportamiento.

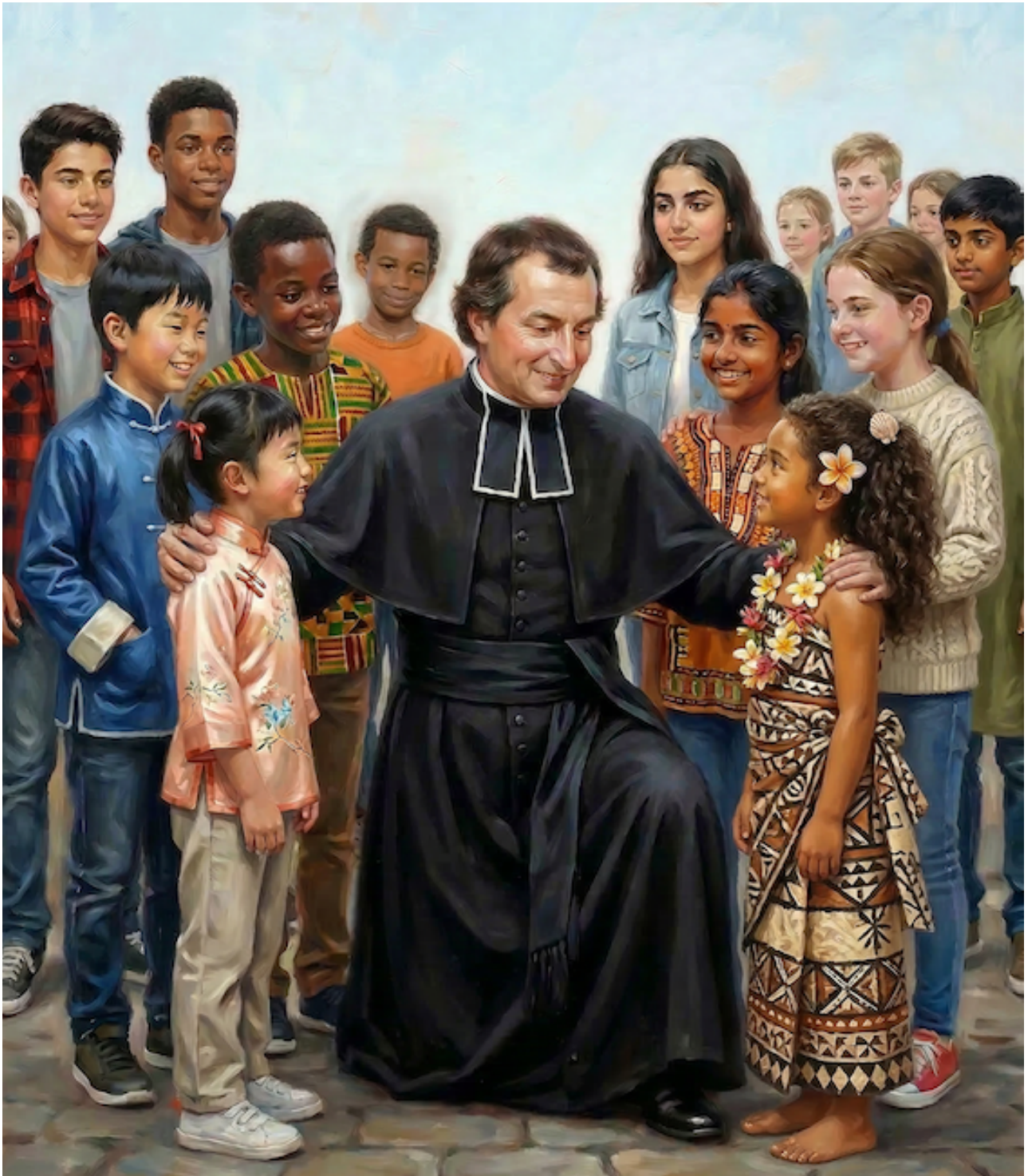
—Esto es verdad —intervino en voz baja el Padre Lyonnet—. A partir del día 10 de mayo comenzamos a notar que sucedían cosas extrañas en su conducta. Empezó a aislarse, cosa totalmente contraria a su costumbre y, cuando no, hablaba de magnetismo, iluminismo y doctrinas absurdas que nunca le habíamos escuchado. Pensamos que era una buena idea enviarlo a Tours, con su amigo el Padre Dufêtre, para ver si recuperaba la estabilidad, pero apenas estuvo allí dos días y hubo que traerlo de vuelta.

—Hay que tener en cuenta que el Padre Coindre padecía gota desde muy joven —dijo el médico—, y que esta enfermedad proviene del mal funcionamiento de los riñones, que no limpian correctamente la sangre del cuerpo. Si el riñón no funciona bien, los restos malignos se quedan en la sangre y de ahí pueden pasar al cerebro, como en este caso. El Padre Coindre ha sufrido durante los últimos días un envenenamiento generalizado desde el interior de su propio cuerpo, lo que ha provocado alucinaciones, cambios de comportamiento y accesos de locura. Los escasos ratos de consciencia y normalidad que ha tenido se han debido a periodos estables dentro de un funcionamiento general del organismo muy deficiente. Creo necesario, en este momento, disipar cualquier duda, y afirmar con rotundidad que el Padre Coindre no ha sido en absoluto consciente de las circunstancias de su muerte.

En ese mismo momento llegaba al hospital Monseñor de Sauzin, el obispo de Blois, que acababa de ser informado de la tragedia. En el pasillo tuvo una apresurada conversación con el Padre Lyonnet, que le contó lo ocurrido sin detenerse en los detalles. Entró en la habitación donde reposaban los restos mortales del Padre Coindre y, después de acercarse al lecho, tomó una de las manos exánimes del difunto, se puso de rodillas y entró en un largo periodo de oración. A pesar de que la habitación estaba llena de gente, el silencio era sobrecogedor. Alrededor del lecho se habían congregado enfermeros, sacerdotes y seminaristas, que no daban crédito a la crudeza del acontecimiento que estaban viviendo. Después de unos minutos, el obispo se levantó pesaroso y dijo las siguientes palabras:

—Queridos amigos. Estoy devastado por esta triste noticia. Nuestro querido Padre Coindre ha muerto víctima incontestable de su celo apostólico. No hace todavía cuatro meses que había llegado a nuestra diócesis. Yo mismo le había llamado para ser superior de nuestro seminario mayor, sustituyendo en este honorable cargo al Padre Lyonnet, aquí presente. El Padre Coindre venía precedido de una enorme fama como predicador, fundador de congregaciones, tanto femeninas como masculinas, y, sobre todo, como hombre preocupado por las obras de caridad en favor de los que más lo necesitan. En su último destino, en Monistrol, había abierto un seminario para sacerdotes misioneros, además de promover escuelas para niños y niñas. Esta experiencia me había animado a pedirle que me enviara alguien para hacerse cargo del seminario. El regalo inesperado de Dios fue que el elegido fuera el mismo Padre Coindre.

“En las últimas semanas habíamos hablado mucho tiempo de los planes para el seminario de Blois. Siempre me sorprendía con su ideas innovadoras y su capacidad de gestión, de tal manera que estaba seguro de que el futuro de nuestra diócesis iba a ser esplendoroso. Desgraciadamente, Dios nos lo ha arrebatado hoy de la manera más cruel, en una prueba de humillación que no puede ser casual. Me refiero a que durante los últimos días de la enfermedad, el Padre Coindre ha sido desposeído de todas las prendas que constituían su personalidad y que han sido sustituidas por despojos: el hombre expansivo, de carácter arrebatador, se ha recluso en su habitación; el intelectual serio y discreto ha pasado hablar de doctrinas y conocimientos exóticos y absurdos; el



predicador de la palabra elocuente, persuasiva, tonante, ha terminado balbuceando ideas inconexas”.

“Todas las pistas conducen al mismo lugar: a semejanza del Cristo clavado en la cruz, a imagen del Corazón partido y traspasado, el Padre Andrés Coindre, su devoto, se ha visto privado de todos los bienes materiales, de cualquier atisbo de reconocimiento humano, de todas las vanidades que acompañan nuestra existencia, para ser conducido por el camino de la mansedumbre y la humildad hasta el mismo centro del amor del Sagrado Corazón de Jesús”.

El silencio era absoluto. Las lámparas que ardían en la cabecera de la cama revelaban la imagen serena del cuerpo tendido en el lecho y rodeado por un grupo de personas que había ido creciendo a medida que hablaba el obispo, hasta llenar del todo la habitación. El respeto y la devoción se extendían en la sala. Uno de los enfermeros, antes de salir, se acercó al lecho para besar las manos del difunto Padre Coindre, después hizo una reverencia y se fue ahogando las lágrimas. Otros muchos hicieron lo mismo.

Cuando el obispo salió del hospital ya estaba amaneciendo. En la puerta del palacio episcopal, palacio muy modesto, le estaba esperando un coche que le iba a llevar a una visita pastoral durante varios días. Se colocó en el asiento y elevó una oración a los cielos por haber tenido la gracia de disfrutar en su diócesis de un hombre extraordinario, al que Dios había decidido llevarse con tanta premura.